

Conéctate

CAMBIA TU MUNDO CAMBIANDO TU VIDA



Número especial de Semana Santa

**LA CRUZ FRENTE A
LA TERMINAL DE
AUTOBUSES**

Semana Santa en Jerusalén

**EL MÍSTERIOSO
FORASTERO**

¿Cómo se enteró?

**APUNTES SOBRE EL
TIEMPO DEL FIN**

El regreso del Rey



Disponemos de una amplia gama de libros, casetes, compactos y videos que alimentarán tu espíritu, te infundirán ánimo, ayudarán a tu familia y proporcionarán a tus hijos amenas experiencias educativas. Escribe a una de las direcciones que se indican a continuación o visítanos en:

www.conectate.org

México:

Conéctate
Apartado 11
Monterrey, N.L., 64000
conectate@conectate.org
(01-800) 714 47 90 (número gratuito)
(52-81) 81 34 27 28

Chile:

Conéctate
Casilla de correo 14.982
Correo 21
Santiago
conectatechile@mi-mail.cl
(0) 94 69 70 45

Colombia:

Conéctate
Apartado Aéreo 85178
Santafé de Bogotá, D.C.
conectate@andinet.com

Estados Unidos:

Activated Ministries
P.O. Box 462805
Escondido, CA 92046-2805
info@activatedministries.org
(1-877) 862 32 28 (número gratuito)

Argentina:

conectatearg@lycos.co.uk

Europa:

Activated Europe
Bramingham Pk. Business Ctr.
Enterprise Way
Luton, Beds. LU3 4BU
Inglaterra
activatedEurope@activated.org
(07801) 44 23 17

Mientras trabajaba en el presente número de *Conéctate* dedicado a la Pascua, leí varios escritos sobre el tema. En unos se postulaba que la resurrección era un fábula; en otros, que era un hecho comprobado. Mi mayor sorpresa fue que la lógica parece estar del lado de quienes dan crédito al texto de los cuatro Evangelios y los Hechos de los Apóstoles. Hace ya muchos años que me encuadro en ese grupo, aunque para mí es cuestión de fe más que de lógica.

Los escépticos aducen que es completamente ilógico creer que alguien resucitara y se apareciera ante Sus amigos y seguidores después de haber sido brutalmente ejecutado y encerrado en una tumba sellada durante tres días y tres noches. Sin embargo, ¿es tan ilógico?

Existe un argumento a favor de la resurrección que siempre me ha parecido convincente: Tanto los creyentes como los escépticos reconocen que los discípulos de Cristo estuvieron dispuestos a jugarse la vida por los relatos de sus encuentros con el Salvador resucitado. Hay que recordar que se trata de los mismos hombres que pocos días antes de verlo y de empezar a anunciar Su resurrección fueron víctimas del abatimiento y las dudas y se ocultaron por temor a perder la vida. ¿Fue acaso todo aquello un invento? ¿Habrían estado dispuestos a sufrir lo que sufrieron —golpizas, encarcelamientos y la propia muerte— por una mentira? Cierta analista comentó al respecto: «Históricamente, bajo esas presiones, los farsantes confiesan sus engaños y traicionan a sus cómplices». Los discípulos de Jesús no lo hicieron. Está claro que creían firmemente en lo que predicaban. Lo mismo se aplica al apóstol Pablo, quien fue uno de los más feroces perseguidores de aquellos discípulos hasta que el propio Cristo resucitado se le apareció en el camino a Damasco.

Para Pablo y los demás testigos oculares no era una cuestión de lógica ni de razón, ni siquiera de fe ciega; era su propia experiencia. Todos ellos estuvieron en presencia del Salvador resucitado. En mi caso, puedo decir lo mismo. Aunque Jesús no se me haya aparecido en forma corporal, mi experiencia con Él ha sido tan real como espléndida. Como dice un viejo himno: «Así sé yo que Él vive aún: ¡lo tengo en mi interior!»

Gabriel

En nombre de *Conéctate*

AÑO 7, NÚMERO 4 **Abril de 2006**
DIRECTOR **Gabriel Sarmiento**
DISEÑO **Giselle LeFavre**
ILUSTRACIONES **Doug Calder**
PRODUCCIÓN **Francisco López**

© Aurora Production AG, 2006. <http://es.auroraproduction.com>

Es propiedad. Impreso en Taiwan.

A menos que se indique otra cosa, todas las frases textuales de las Escrituras que aparecen en *Conéctate* provienen de la versión Reina-Valera de la Biblia, © Sociedades Bíblicas Unidas, 1960.

DE TAL MANERA AMÓ DIOS AL MUNDO...

SUKANYA KUMAR

Cuando éramos niños, a menudo mi hermano y yo nos poníamos a pelear. Nos fastidiábamos mutuamente, nos decíamos cosas feas y a veces llegábamos a tirarnos del cabello. Cuando Mamá nos veía, hacía lo imposible por detenernos. Nos explicaba con mucho cariño por qué no debíamos hacerlo, nos regañaba o, en ocasiones, nos imponía un castigo. Las diversas tácticas que empleaba le daban resultado momentáneamente, pero al rato caíamos en lo mismo. Un día se le agotó la paciencia. Percibimos enojo en su mirada y una sensación de impotencia en sus lágrimas. Estábamos seguros de que nos esperaba un severo castigo. Pero no fue así. En lugar de ello, empezó a golpearse a sí misma. Se dio una cachetada en la cara y se tiró del pelo. Era tal su desesperación que necesitaba desahogar su enfado; pero nos amaba demasiado como para darnos nuestro merecido. Así que sufrió en carne propia su indignación.

Lo mismo hizo 2.000 mil años atrás nuestro Padre celestial con Sus hijos descarriados. Habían cometido toda clase de pecados. Pese a que sabían que lo que hacían le desagradaba, lo hacían de todos modos. Él les llamó la atención amorosamente, pero hicieron oídos sordos. Les hizo advertencias por medio de profetas, pero se burlaron de ellas. Cuando estaban en dificultades y clamaban a Él, acudía sin falta a socorrerlos; no obstante después, cuando que ya no necesitaban tanto de Su ayuda, siempre lo rechazaban. Y no es que lo hicieran una vez, sino repetidamente. (Claro que todos somos igualmente culpables de eso.)

Llegó un momento en que el disgusto de Dios llegó a ser tan intenso que se

le colmó la paciencia. Por otra parte, amaba a Sus hijos demasiado como para descargar Su ira sobre ellos. Así que realizó el mayor sacrificio que padre alguno pueda hacer. Envio a Su amado Hijo para que pagara las consecuencias de nuestros pecados. Jesús adoptó forma humana, vino a la Tierra y vivió entre nosotros. No vino a imponernos la justicia, sino como «varón de dolores», para ser rechazado por la mayoría de las personas a las que, paradójicamente, había venido a ayudar. Su propio pueblo lo traicionó. Lo golpearon, le escupieron y se burlaron de Él. Al final entregó



Su vida para salvar la nuestra. «De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Juan 3:16). ■

(SUKANYA KUMAR ES LECTORA DE
CONÉCTATE EN LA INDIA.)

¿Qué SABEMOS RESURR

Hace casi 2.000 años Jesucristo fue crucificado en lo que hoy es Israel por orden de Poncio Pilato, entonces gobernador romano de la provincia de Judea. El sumo sacerdote judío y otros dirigentes religiosos lo acusaron falsamente de haber blasfemado contra la religión judía. Por la característica de la denuncia, que no constituía delito bajo la ley romana, Pilato se inclinaba por liberarlo. Pero después que alguien le recordó que la indulgencia con los presuntos agitadores podía interpretarse como falta de lealtad a Roma, y habiendo escuchado el clamor de una turba azuzada para que Jesús fuera crucificado, Pilato cedió ante las exigencias de los calumniadores. La ejecución de Jesús se produjo horas antes de la celebración judía de la Pascua.

Documentos arábigos del siglo X contienen el siguiente relato, atribuido al historiador judío Flavio Josefo (c.37 d.C.–c.100):

En aquel tiempo hubo un sabio llamado Jesús. Manifestó buena conducta y fue

reconocido por su virtud. Muchos de entre los judíos y de otras naciones se convirtieron en discípulos suyos. Pilato lo condenó a morir crucificado. Quienes se habían hecho discípulos Suyos no renegaron de la lealtad que le profesaban. Testificaron que se les había aparecido tres días después de la crucifixión y que estaba vivo. Por ende, entendieron que se trataba del Mesías, de quien los profetas hablaron maravillas.

Estos son los sucesos que ocurrieron inmediatamente después de la muerte de Jesús, según Mateo, uno de Sus seguidores.

Al día siguiente [de la crucifixión], se reunieron los principales sacerdotes y los fariseos ante Pilato y le dijeron:

—Señor, nos acordamos que aquel mentiroso, estando en vida, dijo: «Después de tres días resucitaré». Manda, pues, que se asegure el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vayan sus discípulos de noche, lo hurten y digan al pueblo: «Resucitó de entre los muertos». Y será el último engaño peor que el primero.

Pilato les dijo:

—Ahí tenéis una guardia; id, aseguradlo como sabéis.

Entonces ellos fueron y aseguraron el sepulcro, sellando la piedra y poniendo la guardia.

Pasado el sábado, al amanecer del primer día de la semana, fueron María Magdalena y la otra María a ver el sepulcro. De pronto hubo un gran terremoto, porque un ángel del Señor



de la ECCIÓN?

descendió del cielo y, acercándose, removió la piedra y se sentó sobre ella. Su aspecto era como un relámpago, y su vestido blanco como la nieve. De miedo de él, los guardas temblaron y se quedaron como muertos. Pero el ángel dijo a las mujeres:

—No temáis vosotras, porque yo sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado. No está aquí, pues ha resucitado, como dijo. Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor. E id pronto y decid a Sus discípulos que ha resucitado de los muertos y va delante de vosotros a Galilea; allí lo veréis. Ya os lo he dicho.

Entonces ellas, saliendo del sepulcro con temor y gran gozo, fueron corriendo a dar las nuevas a sus discípulos. Y mientras iban a dar las nuevas a los discípulos, Jesús les salió al encuentro, diciendo:

—¡Salve!

Y ellas, acercándose, abrazaron Sus pies y lo adoraron.

Entonces Jesús les dijo:

—No temáis; id, dad las nuevas a Mis hermanos, para que vayan a Galilea, y allí me verán.

Mientras ellas iban, sucedió que unos de la guardia fueron a la ciudad y dieron aviso a los principales sacerdotes de todas las cosas que habían acontecido. Estos se reunieron con los ancianos y, después de ponerse de acuerdo, dieron mucho dinero a los soldados, diciéndoles:

—Decid vosotros: «Sus discípulos llegaron de noche y lo hurtaron mientras nosotros estábamos dormidos». Y si esto lo oye el gobernador, nosotros lo persuadiremos y os pondremos a salvo.

Ellos tomaron el dinero e hicieron como se les había instruido. Este dicho se ha divulgado entre los judíos hasta el día de hoy.

Pero los once discípulos se fueron a Galilea, al monte donde Jesús les había ordenado. Cuando lo vieron, lo adoraron, aunque algunos dudaban. Jesús se acercó y les habló diciendo:

—Toda potestad me es dada en el Cielo y en la Tierra. Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado. Y Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. ■

MATEO 27:62-66; 28:1-20 (RVR 95)



EL MISTERIOSO FORA

HABÍAMOS SALIDO TARDE. Aunque la aldea a la que nos dirigíamos estaba apenas a un par de horas de Jerusalén, Matías y yo teníamos que apretar la marcha si queríamos llegar antes que oscureciera. Procurábamos distanciarnos de los terribles sucesos de los últimos días, pero por desdicha los llevábamos en las entrañas.

—¿Será que era en realidad el Mesías? —comenté—. El Cristo no habría sido ejecutado como un criminal cualquiera.

—Cleofás, ¿cómo es posible que el Mesías se dejara matar así?

—Estaba predicho que nos iba a liberar de nuestros opresores. Eso fue lo que nos prometió desde el principio. Al menos eso pensábamos.

—Nunca me imaginé que terminaría así —dijo Matías.

—Todavía no sé si creer a las mujeres que fueron al sepulcro. Hubo un atisbo de esperanza cuando irrumpieron eufórica-

mente, jadeando, en el recinto donde estábamos reunidos, pero...

—Pedro y Juan también vieron el sepulcro vacío, y ellos lo creen. Al menos Juan lo cree —le dije a mi amigo.

—La gente dice que nos llevamos el cuerpo mientras los guardias dormían y que nos inventamos el cuento de que resucitó. Sabemos que eso es mentira, porque ninguno se apartó en ningún momento de la vista de los demás. Queda la duda de que alguien más lo hiciera...

Nuestra conversación no llevaba a ninguna parte. ¿Qué había pasado con Jesús?

Oímos pasos detrás de nosotros. Se acercaba alguien que estaba aún más apurado que nosotros.

—¿Por qué andan tan abatidos? —nos preguntó el hombre con tono desenfadado—. ¡Ni que hubieran perdido a su mejor amigo!

Apenas nos había dado alcance. ¿Cómo era posible que supiera lo que andábamos pensando?

—Más o menos es eso lo que nos ha pasado —respondí.

—Pero no puede ser así de sombrío —replicó el forastero.

—¿Dónde has estado? —le pregunté—. ¿No sabes lo que ha sucedido?

—¿Qué?

—Seguro que has oído hablar de Jesús.

FORASTERO

—Cuéntenme.

—¡Fue un profeta de Nazaret que hizo unos milagros increíbles! Dio de comer a miles de personas con el almuerzo de un muchachito. Sanó a los sordos, a los ciegos y a los lisiadas de nacimiento. ¡Hasta resucitó a los muertos! ¡Ah, y cuando hablaba, lo hacía con autoridad!

Le referí a aquel extraño lo sucedido en la última semana, la parodia de juicio a que fue sometido, la gente que se había vuelto en contra de Él a pesar de todo lo que había hecho por ella, la sentencia, los azotes, la humillación, la crucifixión y, finalmente, el relato de las mujeres que habían encontrado el sepulcro vacío.

—Me da la impresión de que tienen sus dudas acerca de esa última parte —insinuó el hombre.

—¿No las tendrías tú? —le pregunté.

En lugar de responderme, el forastero replicó:

—¿No conocen las Escrituras? ¿No saben que todos esos sucesos formaban parte del plan divino, revelado por medio de Moisés y los profetas? Ellos sabían que iba suceder así; ustedes, Sus seguidores, debieron haberlo sabido mejor que nadie.

¿Cómo se había enterado aquel forastero de que éramos seguidores de Jesús? No habíamos dicho ni una palabra de eso.

—¿A qué profecías te refieres? —le pregunté.

El forastero parecía saberse de memoria todas las Escrituras.

—Empecemos por el principio —indicó—. En el Edén, después que Eva se dejó engañar y comió del fruto prohibido, Dios le dijo a la serpiente —que en realidad era Satanás—: «Por cuanto esto hiciste, maldita serás. Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; esta te herirá en la cabeza, y tú la herirás en el talón»¹. ¿Se dan cuenta? La serpiente hirió en el talón al Mesías cuando éste estaba en la cruz. Y Él le aplastó a ella la cabeza cuando resucitó de los muertos y desbarató totalmente el plan de Satanás.

»¿Por qué piensan que a Dios le agradó que Abel sacrificara un cordero?² Y ¿por qué mandó Dios a Moisés que le dijera al pueblo que sacrificara corderos sin mácula para expiar sus pecados?³ El Creador quería mostrar lo que haría el Mesías. Ése fue el Cordero sin mancha sacrificado por los pecados del mundo⁴. Las ceremonias, los sacrificios, todas esas cosas eran apenas figuras de los acontecimientos que ahora están teniendo lugar».

A medida que el forastero hablaba, sentíamos que los rescoldos de nuestra fe se avivaban.

—Ya que hablamos de ceremonias, ¿no acaban de venir de celebrar la Pascua y la fiesta de los Panes sin Levadura? Conocen esas ceremonias, las han celebrado todos los años desde que tienen memoria. También saben por qué Moisés ordenó hacerlo: para dar gracias a Dios por haber liberado a nuestros antepasados de la esclavitud de Egipto. Por medio de Moisés, Dios ordenó a Su pueblo que sacrificara un cordero sin defecto y señalara con sangre los marcos de las puertas. Todos los que creyeron y obedecieron se salvaron; es decir, Dios pasó de largo y los perdonó cuando recorrió los hogares de todo Egipto quitando la vida al primogénito. Una vez más, fue una figura del sacrificio del Mesías, que libra al creyente de la muerte⁵.

»Y ¿qué hay de la ofrenda por el pecado y del Día del Perdón? ¿Qué se proponía enseñarnos Dios por medio de eso? ¿Acaso puede la sangre de un animal redimirnos de nuestros pecados? ¿Se hace así justicia? Además, ¿por qué hay que repetir esos sacrificios todos los años? Si esos sacrificios expían nuestros pecados, ¿por qué hay que ofrecerlos una y otra vez? ¿Podiera ser

¹ Génesis 3:14,15 (RVR 95)

² Génesis 4:1-4

³ Levítico 17:11

⁴ Mateo 26:28; Juan 1:29; Efesios 1:7;

1 Juan 1:7b

⁵ Éxodo 11:4-7; 12:1-13

**EL CORAZÓN
ME LATÍA
TAN FUERTE
DE LA
EMOCIÓN
Y ALEGRÍA
QUE SENTÍA
QUE POR UN
MOMENTO
PENSÉ QUE
ME IBA A
ESTALLAR.**

que presagiaban un sacrificio mayor? ¿No podría ser que ese sacrificio mayor acaba de realizarse?»¹

El forastero nos planteaba muchos interrogantes, y nosotros teníamos pocas respuestas que ofrecer. Sin embargo, era un maestro paciente.

—¿No es esto lo que dijo Isaías sobre la muerte del Mesías? «Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas el Señor cargó en Él el pecado de todos nosotros. Angustiado Él, y afligido, no abrió Su boca». ¿No parece estar describiendo lo que hizo ese Jesús del que hablaban, y la parodia de juicio a la que hicieron referencia hace un rato? «Como un cordero fue llevado al matadero. Por la rebelión de Mi pueblo fue herido». Una vez más se menciona al cordero del sacrificio. «Se dispuso con los impíos Su sepultura, mas con los ricos fue en Su muerte». ¿No dijeron ustedes que fue ejecutado como un criminal cualquiera y, sin embargo, fue sepultado en la tumba de un hombre rico? «Habiendo Él llevado el pecado de muchos y orado por los transgresores»².

Al tomar conciencia de que Dios había intervenido en todos aquellos sucesos, nos quedamos mudos.

—Si su amigo Jesús era el Mesías, y lo único necesario para el perdón de los pecados era Su muerte, ¿por qué creen que sufrió también todos esos azotes a manos de Sus verdugos?

Una vez más, no teníamos respuesta.

—Isaías nos revela en ese mismo pasaje: «Por Sus llagas fuimos nosotros curados»³. ¿Qué significa eso, «por Sus llagas fuimos nosotros curados»? Así como el Mesías derramó Su sangre para la salvación del alma, Su cuerpo fue quebrado para la curación del cuerpo. La corona de espinas,

los azotes, las heridas de los clavos y la de la lanza en Su costado, todo eso fue para expiar las dolencias de los hombres. El Mesías, con Su sangre, compró la salvación de las almas, y con Su sufrimiento, la curación de los cuerpos. Tuvo que entregar Su cuerpo para salvar el de ustedes.

El forastero siguió hablando:

—¿Qué dijo Jesús en la cruz?

—Dios Mío, Dios Mío, ¿por qué me has desamparado?

—Tal como profetizó el rey David⁴.

Mientras nos explicaba las Escrituras, me di cuenta de que muchos otros sucesos de la vida de Jesús coincidían exactamente con lo consignado en ellas: las multitudes que lo aclamaron al entrar en Jerusalén, la traición, el dinero de sangre, las crueles burlas, los soldados que echaron suertes sobre Su túnica, el hecho de que no le quebraran ningún hueso a pesar de atravesarle las manos y los pies⁵. Todas esas cosas se escribieron cientos de años antes y se referían al Mesías. ¡De golpe todo cobró sentido! Pero el forastero aún no había terminado.

—David también dijo: «Dios redimirá mi vida del poder del Seol [sepulcro]»⁶. El término *redimir* es muy interesante. ¿Sabes lo que significa? Significa rescatar de la esclavitud, comprar la libertad de alguien. Eso hizo el Mesías al morir: liberar al creyente del pago de la muerte. Está en el libro de Oseas: «De manos del Seol los redimiré, los libraré de la muerte»⁷.

»Así como nuestro padre Abraham ofreció a su único hijo en sacrificio a Dios, Dios ofreció a Su único Hijo en sacrificio por todos, aunque con una importante diferencia: al final Abraham no tuvo que hacer el sacrificio; Dios sí.

¹ Levítico 16:15; 23:27; 2 Corintios 5:21

² Isaías 53:6-9,12 (RVR 95)

³ Isaías 53:5

⁴ Salmo 22:1

⁵ Zacarías 9:9,10; Salmo 41:9; Zacarías 11:12,13;

Isaías 50:6; Salmo 22:16-18; Zacarías 12:10;

Salmo 34:20

⁶ Salmo 49:15

⁷ Oseas 13:14 (RVR 95)

»Así como la fe y obediencia de Noé salvaron a la humanidad —el arca fue el medio por el que él, su familia y los animales se salvaron del diluvio—, el Mesías, al morir por los pecadores, abrió una puerta de escape para todos los que creen en Él.

»Y así como Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre de la ballena antes de ser librado, Jesús prometió que sería librado de la muerte al cabo de tres días. Eso mismo predijo el profeta Oseas: “Después de dos días nos hará revivir, al tercer día nos levantará, y viviremos delante de Él”¹.

»¿Se dan cuenta? Estas Escrituras se refieren todas a este preciso momento».

El corazón me latía tan fuerte de la emoción y alegría que sentía que por un momento pensé que me iba a estallar. ¡La muerte de Jesús no había sido un error, no había sido accidental! ¡Había sucedido exactamente como Dios había dispuesto!

¹ Mateo 12:40; Oseas 6:2

² Lucas 24:32

Apenas el forastero hubo terminado, llegamos a mi casa. Nos dijo que tenía que ir más lejos, pero cuando le insistí para que al menos se quedara a cenar, accedió.

Como es nuestra costumbre, pedí a mi invitado que bendijera los alimentos que íbamos a tomar. Él le dio gracias a Dios, partió el pan y nos dio un poco a cada uno. De repente se nos abrieron los ojos: aquel forastero era el propio Jesús, ¡nuestro Salvador resucitado!

En ésas, ¡puf!, se desvaneció.

Matías y yo estábamos tan entusiasmados con lo ocurrido que regresamos corriendo a Jerusalén aquella misma noche para referir a los demás seguidores de Jesús cómo nuestro corazón ardía en nosotros mientras conversábamos en el camino y nos explicaba las Escrituras². ¡Todavía no puedo dejar de hablar del asunto! ■

(CURTIS PETER VAN GORDER ES MISIONERO DE LA FAMILIA INTERNACIONAL EN ORIENTE MEDIO.)

Pese a nuestros esfuerzos por dejar a Dios al margen, Él se entromete en nuestras cosas. La vida de Jesús está delimitada por dos imposibilidades: el vientre de una virgen y un sepulcro vacío. Jesús entró a nuestro mundo a través de una puerta que decía: «Se prohíbe la entrada», y lo abandonó a través de otra que decía: «Salida clausurada».

PETER LARSON

Jesús abandonó la sepultura para enterrarse en mi corazón.

DONNA HOSFORD

Las manos traspasadas de Jesús crucificado dejan ver el corazón de Dios henchido de amor.

ANÓNIMO

La CRUZ

frente a la TERMINAL

de AUTOBUSES

IAN BACH

ERA SEMANA SANTA EN JERUSALÉN. Por las callejuelas empedradas de la Ciudad Antigua se oían los gritos de los mercaderes, y el persistente aroma de infinidad de especias exóticas inundaba el aire, impregnándolo todo. Puestos adornados con bordados palestinos de vistosos colores exhibían brillantes joyas orientales. Rítmicos temas de música pop en árabe resonaban en las disquerías, mientras multitudes de turistas, peregrinos y habitantes se agolpaban en las calles. Sin embargo, tras aquella apariencia de alegría y vistosidad se respiraba una tensión. En cada esquina, pequeños grupos de soldados israelíes toqueteaban nerviosamente sus armas automáticas.

Al interior de los altos muros de piedra de la basílica del Santo Sepulcro, misteriosos cantos litúrgicos en tono grave resonaban en la penumbra. Sacerdotes en sotana balanceaban incensarios en el aire viciado. Caminé en silencio con algunos compañeros por corredores sinuosos que parecían interminables y que descendieron a un lugar de un frío entumecedor, donde la débil luz de las lámparas de los muros prácticamente quedaba ahogada por sombras oscuras y tenebrosas. Un sacerdote le soltó una agría reprimenda a un avergonzado

turista que sin querer cruzó una línea invisible en el piso de piedra hacia terreno santo y prohibido.

¿Era realmente éste el sitio donde Jesús fue sepultado y donde resucitó para inspirar a Sus seguidores a difundir luz, amor, verdad y libertad por el mundo?

Más tarde visitamos otro lugar que, según un hallazgo arqueológico más reciente, podría haber sido donde fue sepultado Jesús: la Tumba del Jardín. Excavaciones realizadas en los últimos siglos descubrieron un huerto del siglo I, donde hay un humilde sepulcro tallado en una pared rocosa. A la entrada se aprecia claramente el surco por el que se hacía rodar la piedra que lo cerraba. Otros descubrimientos dan a

entender que los primeros creyentes pudieron haberlo considerado un lugar santo. Una serenidad difícil de definir reinaba en los sinuosos senderos de aquellos jardines, a la sombra de los olivos y los pinos. Una joven se sentó cerca del sepulcro a meditar. Su rostro también reflejaba paz.



La Tumba del Jardín

Cerca del huerto hay un promontorio rocoso en el que se distingue una figura que se asemeja a una calavera. Algunos alegan que es el «Lugar de la Calavera» donde, según la Biblia, Jesús fue crucificado. Dicho promontorio ahora forma un discreto telón de fondo para una terminal de autobuses, situada frente a la Puerta de Damasco, una de las principales entradas a los concurridos corredores de la Ciudad Antigua.

Mientras contemplaba el promontorio y la terminal de buses, me quedé asombrado por la aparente incongruencia del panorama. En el sitio donde tal vez tuvo lugar uno de los sacrificios más trascendentales y conmovedores de la Historia, la gente sigue con su sencilla vida cotidiana, luchando por salir adelante. Un obrero que venía del trabajo y se dirigía a su casa adquirió un boleto y, cansado, miró su reloj. Una madre agotada tenía a su hijo en brazos y en la otra mano llevaba la bolsa de las compras. Un vendedor ambulante exponía sus artículos sentado en la acera y miraba con desconsuelo su mercancía, que por lo visto solo unos pocos podían comprar.

La instrucción que adquirí en una iglesia tradicional me dejó la impresión de que había que caminar mucho desde el tribunal de Poncio Pilato, donde Jesús fue condenado, hasta la colina apartada donde fue crucificado. Entonábamos himnos que hablaban de «una colina verde a lo lejos» y «un lejano cerro coronado por una cruz». Pero al consultar la Biblia, vi que dice: «El lugar donde Jesús fue crucificado estaba cerca de la ciudad» (Juan 19:20).

Tiene sentido que los romanos escogieran un lugar concurrido para crucificar a Jesús y a los dos malhechores que murieron con Él. Es un hecho comprobado que las ejecuciones públicas son un medio eficaz de reducir los delitos y los actos de subversión.

No pude dejar de pensar que aquel lugar guardaba un simbolismo más profundo. Tal vez Jesús no quiso ser crucificado en un sitio muy distante donde nadie lo pudiera ver ni tocar, sino en una bulliciosa calle que



El promontorio y la terminal de autobuses

le permitiese dar un testimonio final a la gente a la que amaba, donde todos pudieran ver y sentir Su sufrimiento y donde, mediante Su sacrificio, Él pudiera mitigar el dolor ajeno. Me pareció ver Sus tiernos ojos, llenos de lágrimas, mirando hacia la ciudad dividida, mientras decía: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lucas 23:34).

En la Tumba del Jardín el guía nos informó que la arqueología es, en el mejor de los casos, una ciencia de conjeturas fundamentadas. No afirmó saber exactamente dónde fue crucificado y sepultado Jesús; tampoco yo. La verdad es que no importa.

Pero si me dieran a elegir un entorno para Su resurrección, creo que elegiría aquella humilde tumba. El interior oscuro de la basílica del Santo Sepulcro me recordó demasiado la angustia de la introspección y la autoflagelación, la dolorosa oscuridad del sentimiento de culpa. En contraste, de la anónima Tumba del Jardín que visité aquel día emanaban una paz y una libertad tan vigorizantes como la brisa que movía las ramas de los olivos, tan refrescantes como el aroma de las hojas de pino en el aire templado y agradable de abril.

Y si me dieran a elegir, cambiaría el crucifijo estilizado, enrarecido, inaccesible de una colina remota por la cruz cercana a la puerta de la ciudad, la que toca nuestra vida diaria con su humildad, con la universalidad de su empatía, su accesibilidad, su desvelo, la que todavía sangra ante el dolor que los mortales nos infligimos unos a otros y anhela redimirnos. Optaría por la cruz frente a la terminal de autobuses. ■

(IAN BACH IS MISIONERO DE LA FAMILIA INTERNACIONAL EN ORIENTE MEDIO.)

SÍMBOLOS

de la

SI BIEN HOY EN DÍA LOS HUEVITOS de colores y los conejos proliferan en los supermercados como símbolos de la Pascua de Resurrección, basta con echar un vistazo a los textos bíblicos para encontrar otros más profundos. Y cada uno de ellos tiene algo que contar.



Soy el pan. En la última cena que el Maestro celebró con Sus discípulos antes de morir, dio gracias y me partió. «Tomad, comed —dijo—; esto es Mi cuerpo que por vosotros es partido; haced esto en memoria de Mí» (1 Corintios 11:24). El fue el pan de vida, enviado del Cielo por Dios para dar vida al mundo (Juan 6:33). El pan de esta tierra nos sustenta por un día, mas el que se acerca a Jesús nunca tendrá hambre. «No sólo de pan vivirá el hombre» (Mateo 4:4). Así es: se necesita algo más, y ese algo es Jesús.



Soy el vino. Después de repartir el pan, el Maestro me vertió en una copa. «Esta copa es el nuevo pacto en Mi sangre» (1 Corintios 11:25), dijo a Sus discípulos. Aunque sabía que estaba por sufrir una muerte atroz, su corazón rebosaba de amor desinteresado por los demás. Y así es hasta el día de hoy. Habría vertido Su sangre solamente por ti, y volvería a hacerlo, nada más que por ti. Esa es la medida del amor que te tiene.



Soy la corona de espinas. Yo era un arbusto molesto que crecía a la vera del camino —parte de la maldición de Dios por el pecado del hombre—, y al igual que el Maestro, era objeto de maldiciones y desprecio. Una noche me convirtieron en una corona para hacer una burla cruel (Mateo 27:29). Sin embargo, me convertí en emblema de gloria cuando el Padre me transformó en un halo de luz.



Soy la caña. A mí también se me usó para hacer una burla (Mateo 27:29). Sin embargo, en la mano derecha del Rey de reyes durante Su momento de prueba más duro yo también fui transformada. Aunque no era más que un bastón cualquiera, me convertí en un cetro de justicia, un símbolo del poder y la gloria del Rey cuyo reino no es de este mundo (Juan 18:36).



Soy el manto rojo. Quienes me echaron sobre el cuerpo del Maestro lo hicieron para mofarse de Él, diciendo: «¡Salve, Rey de los judíos!» (Mateo 27:28,29). ¡Ni se imaginaron lo ciertas que eran sus palabras! No solo rey de los judíos, sino del Cielo y de la Tierra, «Rey de reyes, y Señor de señores, el único dotado de inmortalidad, que habita en luz inaccesible» (1 Timoteo 6:15,16).

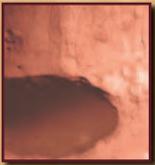


Soy la cruz. Un árbol creció durante años hasta hacerse alto y macizo. Un aciago día lo cortó el hacha. Pero en vez de ir a parar a manos de un carpintero que con él elaborara algún objeto de uso corriente —tal vez una silla, una mesa o una puerta—, fue convertido en una rústica cruz de la que colgaron al Maestro carpintero (Juan 19:16-18). Yo soy el árbol que se transformó en esa cruz. Lo sostuve mientras moría por el mundo, incluso por los que habían instigado Su muerte. Me convirtieron en instrumento de muerte y, sin embargo, vine a ser símbolo del insondable amor de Dios y Su don de la vida eterna.

PASCUA



Soy la sábana. José y Nicodemo me empaparon en un perfume de dulce fragancia y me emplearon para envolver el cuerpo del Maestro después de Su muerte (Juan 19:38-40). Durante tres días lo cubrí, hasta que fui retirada de Su cuerpo así como el capullo queda abandonado cuando la mariposa emerge y levanta vuelo. El Maestro ya no tenía necesidad de mí, pues desde entonces está vestido de luz.



Soy el sepulcro vacío. Serví de morada para el cuerpo sin vida del Maestro durante tres días y tres noches. Pero no pude retenerlo. En un abrir y cerrar de ojos, con un resplandeciente haz de luz y una descarga de energía desde lo alto, venció a la muerte, no solo para Sí mismo, sino para todos los que lo aceptan como Salvador.



Soy el huerto. Al rayar el alba, dejé de ser un lugar de duelo y me transformé en escenario de un gozoso acontecimiento cuando los ángeles preguntaron: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, sino que ha resucitado» (Mateo 28:2-6; Lucas 24:4-6).

Sabemos que estas cosas son ciertas, pues fuimos testigos de ellas. Todos fuimos transformados al entrar en contacto con el Maestro. Deja que Él también te toque y te transforme a ti.

LECTURAS ENRIQUECEDORAS

Por qué envió Dios a Jesús

En Jesús vemos retratado a Dios.

Colosenses 1:13b,15
Hebreos 1:3
2 Corintios 4:4b

Conociendo a Jesús, podemos conocer y entender a Dios.

Juan 8:19
Juan 14:7-9

Dios nos demostró Su amor enviando a Jesús a la Tierra.

Juan 3:16
Romanos 5:8
1 Juan 4:8b-10

Jesús vino para proclamar la verdad.

Juan 18:37b

Jesús vino para destruir el poder del Diablo.

1 Juan 3:8
Hebreos 2:14b,15

Jesús vino para conocer las flaquezas humanas y compadecerse de nosotros.

Hebreos 2:16-18
Hebreos 4:15

Jesús nos mostró el amor de Dios al morir por nosotros.

Juan 10:11
Juan 15:13

Con Su muerte, Jesús expió nuestros pecados, y si creemos en Él, recibimos el don de la salvación.

1 Timoteo 1:15
Lucas 19:10
Juan 3:17
Romanos 5:6-11
1 Juan 3:5
1 Juan 4:14
Apocalipsis 5:9b

EL REGRESO DEL REY

**ESTA VEZ
NO VENDRÁ
COMO UN
MANSO
Y TIERNO
BEBITO
ACOSTADO EN
UN PESEBRE,
SINO
COMO EL
OMNIPOTENTE
REY DE
REYES.**

Cuando vino a nuestro mundo hace casi 2.000 años, los dirigentes de Su propio pueblo lo rechazaron y no quisieron saber nada de Su mensaje de amor y salvación. Querían un salvador, un mesías, un gran rey, pero no uno nacido en un establo y criado en una pobre carpintería, que elegía a Sus amigos y seguidores de entre humildes pescadores, recaudadores de impuestos, borrachos y prostitutas. Fueron escasos los ricos y poderosos de Su época a los que les interesó el espíritu de libertad que ofrecía a quienes aceptaban las verdades que anunciaba. Solo querían liberarse del yugo romano y de tener que pagar impuestos a Roma. Tampoco ansiaban los tesoros y recompensas eternos que prometía a los que creyeran en Él y lo siguieran. Querían un mesías, un rey que estableciera enseguida un reino material rico y poderoso.

Aquel hombre, Jesucristo, el Hijo del Creador del universo, afirmó: «Toda potestad me es dada en el Cielo y en la Tierra» (Mateo 28:18). En un solo día habría podido adueñarse del mundo y proclamarse rey. Al gobernador romano que lo juzgó le dijo: «Ninguna autoridad tendrías sobre Mí, si no te la hubiera dado Mi Padre» (Juan 19:11). Y a Pedro: «¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a Mi Padre, y que Él no me daría más de doce legiones de ángeles?» (Mateo 26:53).

Cuando agonizaba clavado a una cruz, y los dirigentes religiosos lo provocaron diciendo: «A otros salvaste. Si de verdad

eres Hijo de Dios, sálvate a Ti mismo» (Marcos 15:29-32), habría podido saltar de la cruz y acabar con todos ellos en un pestañeo. En cambio, accedió a morir por nosotros.

Tras salir de la tumba, habría podido presentarse ante los sumos sacerdotes, el gobernador y hasta el propio César. Habría podido demostrarles a ellos y al mundo entero que era realmente el Hijo de Dios, el Mesías, y obligarlos a todos a adorarlo. Lo que hizo, no obstante, fue aparecerse sólo a los que ya creían en Él y lo amaban, para consolarlos y reforzar su fe.

Durante 2.000 años, Él y Su Reino han permanecido ocultos a este mundo, manifiestos solamente en el corazón y en la vida de los que lo aceptan por fe. A todos se nos ha dado a elegir entre recibir a Jesús y Su amor o rechazarlo. Este es un misterio que muchos de los Suyos no alcanzaron a comprender en Su época y que, por lo visto, hoy en día muchos tampoco entienden: que Jesús ansía que lo amemos y creamos en Él por decisión y voluntad propia. Seguimos viviendo en la era de la gracia, del libre albedrío, en la que nos pide que creamos en Su Palabra y lo aceptemos por fe.

Muy pronto, sin embargo, llegará el día en que se acabará esta era actual y todo el mundo «verá al Hijo del hombre viniendo sobre las nubes del Cielo, con poder y gran gloria» (Mateo 24:29-31). Jesús prometió que regresaría, y según incontables profecías ya cumplidas que describen el estado del mundo en el momento de Su

retorno, esa fecha está próxima, y ya estamos viviendo en los últimos días del cruel y destructivo dominio de los hombres en la Tierra.

Es más, por lo que podemos deducir de la Palabra de Dios, los últimos siete años de la historia de la humanidad deben comenzar muy pronto. Dicho período se iniciará en el momento en que se haga con el poder un gobierno mundial totalmente antidiós encabezado por un dictador endemoniado, el Anticristo, un falso mesías que al principio traerá paz a la Tierra. Sin embargo, esa paz tendrá un precio: Durante los últimos tres años medio de su régimen será obligatorio adorarlo. Ese período se conoce como la «Gran Tribulación» (Daniel 8:23-25; 9:27; 11:21-45; Mateo 24:15,21; 2 Tesalonicenses 2:1-12; Apocalipsis capítulo 13).

Jesús dijo: «Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días [...] aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo. Y entonces lamentarán todos los [impíos] del mundo, pues verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del Cielo, con poder y gran gloria» (Mateo 24:29-31). Esta vez no vendrá como un manso y tierno bebito acostado en un pesebre —Dios en manos de los hombres—, sino como el omnipotente Rey de reyes, y serán los hombres los que se verán en manos de Dios.

Cuando suenen las trompetas de Dios y la potente voz de Jesús truene desde los cielos para decirnos: «¡Suban!», todos Sus seguidores salvos serán arrebatados juntamente con Él en las nubes para vencer para siempre a las fuerzas del satánico Anticristo. El retorno de Jesús vendrá acompañado de un hecho grandioso y sobrenatural: la resurrección de los creyentes. Todas las personas salvadas que han fallecido a lo largo de la Historia resucitarán y saldrán de la tumba, y todos los



creyentes que sigan con vida se elevarán con ellas para encontrarse con Jesús en el aire (Mateo 24:31; 1 Corintios 15:51-57; Filipenses 3:21; 1 Tesalonicenses 4:16,17; Apocalipsis 11:12).

Después nos iremos todos volando con el Señor para asistir al banquete de bodas del Cordero en el Cielo (Apocalipsis 19:6-9), la fiesta más grandiosa que se haya celebrado jamás. Será un maravilloso reencuentro con el Señor y todos nuestros seres queridos, la celebración de nuestra victoria sobre las fuerzas del mal. Mientras tanto, los seguidores del Anticristo sufrirán la pavorosa ira de Dios, un infierno en la Tierra, hasta que regresemos con el Señor para adueñarnos por fin del mundo en la batalla de Armagedón y establecer en la Tierra Su reino de amor, un nuevo comenzar.

¿Estarás preparado para presentarte ante Jesús cuando regrese? El camino para entrar en el Reino de los Cielos, es dejar que Jesús, el Rey del Cielo, entre en ti. Puedes tener ahora mismo a Jesús y Su amor celestial en tu corazón con sólo rezar esta sencilla oración:

Jesús, creo de corazón que eres el Hijo de Dios y que moriste por mí. Te ruego que me perdones todos mis pecados y me concedas el don de la vida eterna. Amén.

(Desde que Juan Weaver escribió este artículo para La Familia Internacional en 1985, se han distribuido en todo el mundo casi dos millones de ejemplares del mismo en formato de afiche.)



DE JESÚS, CON CARIÓN
Te amo por lo que eres

En Mi reino celestial, en la dimensión espiritual, todos son felices y se sienten satisfechos, por cuanto entienden mejor Mi amor. No cuestionan el amor que les tengo, pues lo han experimentado en toda su intensidad. Gozan de gran paz y alegría. Nadie considera que unos sean superiores a otros, ni que Dios quiera a unos más que a otros: todos han hallado contentamiento, convencidos de que Yo amo a cada uno por lo que es. Entienden que cada uno me es muypreciado. Comprenden que morí por cada persona, que redimí a cada persona, y que por eso abrigo un cariño singular por todos.

Lo mismo sucede contigo. ¡Siento un cariño especial por ti en particular! Nunca pienses que eres una persona más del montón para Mí, que porque hay tantos otros, no tengo tiempo para ti, o que Mi amor se agotará antes que te toque tu porción.

Conozco tus más recónditos anhelos y temores, tu inseguridad. Aunque no ignoro tus faltas, te amo igual. Soy todo amor, misericordia,

ternura, perdón y compasión. Cuando batallas, cuando tienes tentaciones, cuando te agotas, cuando te sientes débil, me identifico contigo. Cuando sales triunfante, me regocijo contigo.

Te amo y velo por ti. No estoy lejos: me tienes a tu lado. Déjame bañarte con Mi amor, envolverte en él, arroparte con esa sensación de seguridad que infunde. Déjame llenarte de él hasta rebosar y demostrarte lo importante que eres para Mí.